

Enrique Pichon-Rivière y la “operación Rosario”*

Hugo Vezzetti

Hace cuarenta años, en 1958, se realizó una experiencia que ha sido considerada –ante todo por el propio Pichon-Rivière– como la fundación pública del movimiento de los *grupos operativos*. Se realizó en Rosario, en el recinto de la universidad, e incluyó unos centenares de personas (los testimonios no son coincidentes), básicamente estudiantes y profesionales de las Facultades de Ciencias Económicas, Filosofía y Medicina; pero también boxeadores, pintores y corredores de seguros. Por una parte, se trataba de la promesa de una "experiencia" de comunicación en la que la propia interacción, en escala microsocia, buscaba un efecto formativo, en el sentido de un aprendizaje personal; y en ese sentido puede decirse que el objetivo central consistía justamente en la "grupalización" de los participantes, es decir en la transformación del "público" en "grupo". Al mismo tiempo, ese objetivo privado, todavía cercano al modelo del grupo terapéutico, se transformaba en otra cosa, ante todo por esa colocación en el espacio de la universidad pública, que rompía con la asimilación a un dispositivo de "cura". Pero lo más importante, en todo caso, es que esa operación ejemplar se proyectaba, en otra escala, como una intervención sobre los problemas de la gran ciudad.

Emilio Coni, un higienista de principios de siglo, acostumbraba presentarse como "médico de ciudades". De modo análogo, Pichon y ese puñado de aventureros de la galaxia "psi", que desembarcaron en Rosario en medio de temores e incertidumbres (ya que no iban a aplicar una técnica sino a someterse a una experiencia de final incierto) podrían haberse presentado, al menos, como aprendices de "psicólogos de ciudades".¹ En esa dimensión, el "proceso grupal" se presentaba como el paradigma de una práctica capaz de formar un "tejido" de roles y vínculos que idealmente se extendía interminablemente en la sociedad. Y es claro que en esa expansión hacia lo social se desplegaba una utopía democrática, de modo tal que en esa escena microsocia el proceso de formación de un tejido interactivo coincidía con la instauración de una trama que se desarrollaría en dirección al mejoramiento de la comunicación, la flexibilidad de los roles y la capacidad de un "metaaprendizaje".

Ahora bien, se trataba de una promoción del grupo como un artefacto de comunicación en el que la palabra y los roles (asimilados a un lenguaje interactivo) dominaban por sobre las perspectivas de la *acción*. Es decir que en una década dominada por la pasión política y la voluntad del pasaje al acto, el paradigma pichoniano pudo extender su influencia como un dispositivo estrictamente "funcional", una "praxis" diría Pichon, concebible como una dialéctica sin término, sin objetivo final ni determinaciones "externas" al propio movimiento grupal concebido como el nido de una sociabilidad fundamental. En efecto, no hay una "identidad" previa presupuesta ni referida a la capa social, ni al grupo profesional ni, mucho menos había espacio para las grandes identidades colectivas trascendentales (el Pueblo, la Nación, la Clase) que contemporáneamente devastaban la percepción y la conciencia sociales.

Parece claro que ese programa amplio de reforma social encontró sus condiciones históricas en las expectativas abiertas con la caída del peronismo, y se sostenía en una esperanza hacia el futuro. La sociedad anunciada por el paradigma grupal operativo vendría a dejar atrás, definitivamente, el lastre de la "sociedad peronista", algo que era mucho más que un régimen y una identidad políticos y condensaba un "estadio" insuficientemente desarrollado de la sociabilidad. Si ese núcleo primariamente reacio a las formas de la participación democrática se condensaba en un estado de división e intolerancia, causa mayor de los fracasos de la vida política y social, la

* Artículo publicado en *Página/12* el 11 de julio de 1998.

¹ Fernando Ulloa, quien ha dejado el testimonio de ese viaje en *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica* (Buenos Aires, Paidós, 1995), tuvo la gentileza de relatármelo en un entrevista reciente, por lo que le quedo muy agradecido.

perspectiva encarnada por el frondizismo parecía representar, hacia el futuro, la integración posible de los fragmentos desunidos de la sociedad y, ante todo, la instauración de una *cultura de la convivencia*. El tópico pichoniano de la "resistencia al cambio" condensaba, entonces, el propósito de una reforma colectiva que encontraba una exposición consistente en el paradigma de los "grupos operativos" y, al mismo tiempo, comunicaba con un estado de la sensibilidad colectiva, el sueño de una interminable construcción social hacia el futuro, en consonancia con las ideas de la "transición" modernizadora: una sensibilidad integrativa e igualadora de las diferencias, en suma, una representación ideal de la *polis* como espacio de discursividad y elaboración colectivas.

Y sin embargo, en sus efectos, las prácticas grupales que se extendieron en paisaje de los '60 (y han sobrevivido a diversas fracturas institucionales y políticas hasta el presente) a menudo quedaron reintegradas al espacio de un "consumo" privado, en cuyo caso los lazos que el grupo anudaba no parecían tener efectos más allá del propio espacio de identificaciones y vínculos que se construía dentro de sus límites. Frecuentemente el resultado era más bien una idealización del propio grupo, un efecto de repliegue y cierto fantasma de lucha y confrontación con el "exogrupo" que resultaba ser lo contrario de ese potencial de vivificación social que comunicaba el paradigma del grupo operativo con la sensibilidad del cambio hacia una nueva sociedad. De modo que la *tradición grupalista* no pudo ni puede evitar un horizonte ambiguo, entre el grupo como encarnación de una utopía política democrática y el ejercicio de una función sustitutiva, propiamente compensatoria respecto de la trama social real.